LOS CABALLOS ESPAÑOLES ANTEPASADOS DE NUESTROS CRIOLLOS (*)

POR PAUL MAGNE DE LA CROIX

El doctor Ángel Cabrera ha hecho en *Anales de la Asociación de Criadores de criollo* (1), una crítica a un artículo publicado por mí con el título *ut supra* (2).

Contestando a esta crítica haré notar, ante todo, que en el artículo criticado nunca he tratado de demostrar que el bayo fuese el color predominante en el antiguo stock español y nunca tampoco tuve la opinión, que me atribuye el doctor Cabrera, de que el bayo, en el stock general español y en el stock general criollo, procediesen del caballo Kaltiavari. Por consiguiente, no he sostenido tal opinión, ni por « teorías raras » ni por otras.

He pensado en todo tiempo que la frecuencia, cada vez más grande, del bayo en el stock criollo, se debía a la reversión hacia un color primitivo cuya herencia — siempre, según mi opinión — provenía de los elementos nordiscos que contribuyeron a la formación del stock español.

Si no expresé esta opinión (3) en el artículo en cuestión, es porque, en ningún momento me ocupé en ese artículo, del origen del bayo en el stock general español; pero en cierto lugar de este artículo — el más criticado — traté de buscar cuál había podido ser el origen de una casta especial de caballos españoles; y con tal motivo examiné cuáles eran las relaciones posibles que podían existir entre los animales de esta casta y el Kaltiavari. En esa oportunidad hablé de doradillos, de bayos dorados y de bayos sin confundir estas capas, como lo supone el doctor Cabrera.

Hechas estas salvedades resulta inútil contestar a muchas críticas, pero hay otras que es menester refutar.

En primer lugar viene el cuento de « las campanas del campanario

(*) Contestación a una crítica hecha al autor en los *Anales de la Asociación de Criadores de criollo*. Como el próximo número de esos *Anales* aparecerá recién el año próximo, hemos pedido a la Dirección de los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, hospitalidad para publicar esta contestación.

(1) Año VII, número X.

(2) *Anales de la Asociación de Criadores de criollo*, año VI, número IX.

(3) Que por otra parte he expresado en numerosos artículos.

ignorado» como lo llama gentilmente mi amigo el doctor Cabrera.

No he dicho, como él me lo hace decir, que fuese Tutankhamon quien, el primero, había importado en Egipto caballos colorados del sur. Lo que he expresado es que: «cuando los egipcios rechazaron los Hyksos y que ese país tuvo de nuevo faraones nacionales», éstos hicieron tales importaciones.

Hay pues error del doctor Cabrera al hacerme decir que «en el antiguo Egipto no hubo caballos colorados hasta el reinado de Tutankhamon». Me cuesta creer que sea ese error voluntario viniendo de quien «no puede sufrir que a la verdad se la desquicie en nada»; y, sin embargo ¿cómo admitir que el doctor Cabrera, cuyos conocimientos en historia de Egipto reconozco, haya podido creer que fuese Tutankhamon y no Ahmes I, el primer faraón de la XVIII[a] dinastía? He hablado de «varios jeroglíficos», y en efecto son varios los que en el curso de esta nueva dinastía de faraones nacionales, señalan las referidas importaciones. Si he elegido el de la época de Tutankhamon, es porque, a pesar de su concisión, el texto relativo indicaba el color de estos caballos del sur. Claro está que la traducción no la hice directamente del egipcio sino del texto dado en francés por Chabas, en el cual la palabra que indica el color es «rouge».

El doctor Cabrera nos dice que el profesor Ridgway era de opinión que la palabra copta *bai* tenía el mismo significado que «rama de palma», pero olvida decir que el mismo Ridgway era de opinión que el antiguo stock caballar africano era colorado.

Según el doctor Cabrera los animales atados que figuran en la parte inferior del fresco al cual me refiero «no son caballos de ninguna especie sino mulas, como lo han reconocido todos los egiptólogos».

Que los egiptólogos admitan que las mulas tienen orejas chicas, es sólo extraño a medias; pero lo es más que un zoólogo comparta esta opinión, pues o todas las reproducciones dadas por Cornevin, Mascheroni y otros son equivocadas o se trata de equídeos de orejas chicas.

El doctor Cabrera admite que tengo razón al suponer que el origen del Kaltiavari es una cruza de caballos árabes y caballos hindúes, pero estima que me equivoco al suponer que éstos pudiesen ser de origen Siwalick, pues «no hay absolutamente ninguna prueba de que el caballo de Siwalick o *Equus sivalensis*, especie que vivió en el norte de la India durante la época terciaria, haya dejado descendientes entre las razas domésticas modernas». ¿Ignora acaso el doctor

Cabrera que existe todavía en Sumatra la raza Battack de la cual un ejemplar vivo fué mandado a Londres y, estudiado, se clasificó *Equus sivalensis* estimando que representaba « con bastante exactitud el caballo de 1,52 *(Equus sivalensis)* que en tiempos pliocenos moraba entre los cerros al pie de los Himalayas » ? Existen varias fotografías de este ejemplar y una de ellas figura en el trabajo que Ewart consagró al origen del caballo Clydesdale.

El señor Sidney compara intencionalmente el color de los caballos de Kaltiavari con el de ciertos caballos españoles, y no veo por qué hubiera tenido que mencionar tales caballos en este lugar de su libro a no ser para establecer una relación de parentesco entre las dos razas.

Mucho más perjudiciales que las opiniones emitidas, indicando los fundamentos y « sin optar por ninguna afirmación categórica », son las que se quieren hacer adoptar como credo.

En base a los estudios de Wilson, Cabrera alega que « para que un caballo sea bayo es preciso que uno de sus padres, cuando menos, haya presentado alguna de las variantes del bayo » y quiere que sobre la fe de la opinión de Tindall se admita que no se puede obtener un tordillo si no lo ha sido el padre o la madre. Con esta base se edifica una hermosa teoría del tordillo color primitivo.

Pero un poco más lejos, el mismo autor da, referentes al bayo, datos que me parecen probar lo contrario de lo que ha sostenido anteriormente ; y aquí no es dado tomar contacto con la lógica del doctor Cabrera que a mi parecer es tan extraña como « raras » puedan parecer al suyo mis teorías (1).

Al hablar del pelo bayo, el doctor Cabrera nos señala varios casos de aparición de bayos accidentales en razas en las cuales este color no existe generalmente, tales como el Clydesdale, el Thoroughbred, y hasta en el Cleveland « llamado por antonomosia *Cleveland bayo* sea colorado de Cleveland » ; y después de eso, llegando al final de su artículo, formula esta conclusión inesperada « para que un caballo sea bayo parece necesario que lo haya sido alguno de sus progenitores ».

Por mi parte, al leer los casos citados por mi contradictor, había llegado a la opinión exactamente contraria : para que un caballo sea

(1) Si empleo aquí y en algún otro lugar de este artículo un lenguaje un tanto acerbo, al cual por otra parte no estoy acostumbrado, lo hago influenciado por el mismo doctor Cabrera que ha empleado a veces en esta discusión un tono que no me parece adecuado a una controversia científica.

bayo parece que *no* es necesario que lo haya sido alguno de sus progenitores; pues para mí la lógica formal descansa sobre el doble principio de identidad y de contradicción: lo que es, es; una misma cosa no puede a la vez ser y no ser. ¿Cómo ha de ser posible entonces, al comprobar la aparición de bayos accidentales, deducir que esta aparición es imposible?

Sin detenerme a esclarecer el extraño misterio de la lógica cabreriana, diré que su autor no nos ha proporcionado para los tordillos los mismos datos que para los bayos; al contrario, discute los casos citados por Ewart al parecer bajo la convicción de la no existencia de los tordillos accidentales; y sobre esta base, contradictoria de la que estableció para el bayo, llega para los dos colores a las mismas conclusiones.

Pero para el tordillo, a pesar de los estudios de Tindall y de la opinión del doctor Cabrera, he visto nacer en Francia, y también aquí, tordillos de padres y madres que no eran tordillos; y puedo citar que, en el partido de Navarro, existen dos tordillas nacidas en estas condiciones. A título de comprobante de este hecho transcribo a continuación una carta del dueño del establecimiento donde nacieron (1):

Buenos Aires, 14 de enero de 1930.

Muy señor mío:

A la pregunta que ha formulado pláceme contestar a Vd.

Las dos yeguas tordillas que ha visto en mi campo son hijas de madre que aún tengo y que no son tordillas.

Por otra parte, nunca he tenido un tordillo.

Con mucho gusto evacuaré cualquier otra consulta que tuviera la necesidad de hacerme, y aprovecho la oportunidad de saludarlo

Atto y S. S.

firmado: *Guido Graziosi.*

Citaré, todavía, un pura sangre inscrito en el Stud-Book argentino:

Pibe, ex Pan-rayado, tordillo 1920 por Dukato, zaino colorado (nacido en Inglaterra), 1906, y por Pluma, alazana, 1907.

Dicho lo anterior, me parece que, a pesar de los estudios de Tindall, no se debe esperar que siempre un tordillo nazca de padres tordillos. Vemos claramente, que pueden nacer de padres y madres de otro color.

(1) Por la fecha puede verse que esta carta no ha sido solicitada especialmente para la contestación que doy aquí al doctor Cabrera.

El doctor Cabrera que quiere que los demás autores especifiquen bien todas sus fuentes de datos, hace a veces reserva de las suyas, « haz lo que yo digo pero no lo que yo hago ». Sus lectores deben contentarse, en tales ocasiones, con saber que lo que emite reposa sobre datos concretos. Me he visto en el caso de señalar, en una contestación dada en estos mismos *Anales* (1), que a pesar de dichos « datos concretos », según los cuales ningún reproductor nordisco había sido introducido en España antes del año 1600, se encontraban en los archivos españoles, pruebas demostrando que hubo reproductores nordiscos en España antes de esa fecha. *Errare humanum est;* el doctor Cabrera puede equivocarse como cualquier otro, pero ésto debería hacerlo más mesurado cuando no está de acuerdo con la opinión de los demás; y así nos ahorraría, por ejemplo, el desagrado que nos causa apreciaciones hirientes hacia personas como Ewart, H. Gervais y F. Ameghino. Del primero dice Cabrera en el artículo discutido aquí que « ha incurrido en verdaderos absurdos ». Y de los otros dos, en *Sobre los camelídeos fósiles y actuales de la América Austral* (2), refiriéndose a descripciones dadas por H. Gervais, el gran paleontologo francés, y por Florentino Ameghino, la gran gloria científica argentina agrega : « Pero dejando a un lado estos deslices, que sólo traigo a cuento para justificar mi desconfianza en dichas descripciones ».

Si estos tres eminentes sabios merecen semejantes apreciaciones del doctor Cabrera, creo que no tengo por que preocuparme de las que éste me propina. Me siento honrado al ser llamado, en esa forma, a compartir la suerte de aquéllos.

XXV° Congreso Internacional de Americanistas

Se reunirá el próximo mes de noviembre en La Plata, con los auspicios del Gobierno de la Nación. Los Congresos anteriores han venido, desde 1875, impulsando los estudios antropológicos, etnográficos, lingüísticos e históricos relativos a América.

La Sociedad Científica se ha adherido a este XXV° Congreso designando una Comisión de Delegados para representarla.

(1) Entrega de agosto 1932, tomo CXIV, página 70.

(2) *Revista del Museo de La Plata,* volumen XXXIII, páginas 89-117, Buenos Aires, 1931.